

CONSIDERACIONES GENERALES

EL DESARROLLO CRONO-CULTURAL

Partiendo de las conclusiones parciales, que hemos ido desarrollando a lo largo de cada uno de los capítulos del presente trabajo, podemos establecer a modo de un compendio de conclusiones, el desarrollo cronológico y cultural de las distintas fases del poblado que a continuación exponemos.

Puig de la Nau I (-¿/725–650)

La primera fase del yacimiento, tal y como ya hemos indicado en el apartado correspondiente, y según se deduce a través del registro arqueológico obtenido, corresponde a un asentamiento estructurado constructivamente mediante cabañas de planta de tendencia redondeada u oval. Este tipo de viviendas nos indica que el primer ocupante de la colina fue un pueblo pastoril semisedentario, muy probablemente transhumante, originario de alguna de las zonas vecinas próximas, quizás del Bajo Aragón, donde existía en la primera mitad del primer milenio, una demografía mucho más densa que la existente en el llano del Baix Maestrat, según se puede deducir de los vestigios arqueológicos localizados.

En el aspecto referido a la tipología constructiva del yacimiento, ya hemos hecho mención de la probable relación existente entre las cabañas y las ocupaciones estacionales, tal y como aparecen en la fase inicial del yacimiento, el cual quizás se utilizaría como un asentamiento de invernada, por gentes tal vez bajoaragonesas, tal y como se ha venido realizando desde siglos hasta fechas recientes (Obiol, 1989), con una mayor organización «urbana», tal y como la investigación arqueológica parece confirmar (Pellicer, 1985).

A pesar de que los datos del registro material referidos a esta fase, son más bien escasos, podríamos compararla cronológicamente con la fase I de Penya Negra (Crevillente), y las fases IA3 y IB1 de Los Saladares (Orihuela). En el Bajo Aragón, y pertenecientes a esta época, se conocen varios asentamientos, como es el caso del Roquizal del Rullo, Zaforas, las fases II y III del Cabezo de Monleón, y la Loma de los Brunos, todos ellos situados dentro del término de Caspe, y al igual que Les Escodines (Mazaleón), por citar de los más conocidos. Se constatan otros paralelos en la zona sur occidental catalana, tendríamos la fase I e inicio de la II de la necrópolis de Molá, y la del Coll del Moro (Gandesá). Así pues, nos hallamos ante un poblamiento de pastores transhumantes que utilizaban viviendas circulares o semicirculares durante la invernada, a la búsqueda de pastos libres de nieve. Los grupos pastoriles que ocuparían el yacimiento en un momento anterior a mediados del siglo VII a.C, y que constituirían la fase I del yacimiento, adquirirían un conocimiento paulatino del terreno y de sus condiciones medio ambientales, que les llevaría a abandonar su movilidad para establecerse en la zona, a la vez que posteriormente, entrarían en contacto con las influencias comerciales coloniales mediterráneas a lo largo de la siguiente fase ocupacional.

Puig de la Nau II (-650–575/550)

La expansión del comercio fenicio por la costa oriental de la Península (Arteaga, Padró, Sanmartí, 1978; Aubet, 1987), en busca de metales, especialmente hierro, propició a nuestro entender, que el establecimiento ocasional que presentaba el Puig de la Nau I pasara a ser más permanente, tal y como parece indicar la presencia de estructuras constructivas de planta rectangular, técnicamente mucho más sólidas y complejas, muy probablemente reflejo de un profundo cambio en la organización espacial del asentamiento y a una reordenación de su estructura ocupacional, además del surgimiento de unas nuevas y diferentes pautas económicas, como consecuencia de la asimilación de las influencias recién llegadas.

La relación del hábitat con el material de importación de origen fenicio, se hace patente a partir de los niveles correspondientes de la segunda mitad del siglo VII a. C. y comienzos del VI. El contacto comercial entre los habitantes del asentamiento y los mercaderes del sur peninsular, se basó en el intercambio probable de productos agrícolas procedentes del área del Estrecho, puesto que la cerámica de origen fenicio hallada en los primeros niveles del yacimiento, se corresponde exclusivamente con contenedores, como las ánforas y los pitós. Respecto a los platos trípodes, éstos presentan una problemática funcional, por el momento difícil de resolver.

Más complicado en nuestro caso, es el llegar a determinar los productos que pudieron ofrecer por su parte los pobladores del Puig de la Nau II a los comerciantes forasteros a la búsqueda de recursos minerales de hierro, ya que éstos no se encuentran dentro del territorio de captación del yacimiento. A este respecto podemos establecer la hipótesis de que los habitantes del yacimiento, iniciaron la función de intermediarios en la distribución de elementos comerciales exóticos con los pequeños asentamientos del interior, y en cuyo territorio se encontraban los recursos minerales del hierro. Función que se prolongó a lo largo de la vida del poblado.

Este radical cambio de planteamientos económicos, identificado en esta fase, se constata también en toda el área geográfica donde se ubica el asentamiento, ya que asistimos a un verdadero auge poblacional, pues se han identificado hasta quince yacimientos pertenecientes a dicho momento, en contraste con el período anterior (siglos VIII-VII a.C.), del cual tan solo se conocían apenas dos hábitats.

Culturalmente las fases a que hacemos referencia, pertenecen al hierro antiguo (Oliver, 1992), el cual se caracteriza por elementos materiales más bien pobres, con un alto porcentaje de cerámica a mano y conservando inequívocas influencias del bronce final local, tal y como vemos en las cerámicas de pasta grosera y decoración plástica, y que a su vez asimilaron las innovaciones de la cerámica de los llamados campos de urnas, no solo a su tipología formal, sino a soluciones decorativas, es el caso por ejemplo, de los fragmentos acanalados recogidos en los niveles de este período. A la vez, junto a este material, se recogen las primeras muestras de importaciones coloniales, en este caso de origen fenicio, consistentes básicamente en ánforas del tipo Vuillemot R-1.

Cronológicamente el Puig de la Nau II, abarca un corto período de vida que oscila entre los setenta y cinco y cien años de duración, desarrollándose entre el -650-575/550. Corresponde pues, al momento de máxima expansión de la cerámica fenicia a lo largo del Mediterráneo occidental, y a la fundación de *Ebussus* que tanta importancia tuvo en este despliegue comercial a lo largo de las costas levantinas (Gómez, 1987), coincidiendo a su vez con otros paralelos de cultura material hallados en la fase II del yacimiento de Vinarragell (Burriana), Aldovesta (Benifallet) en la comarca tarraconense del Baix Ebre, Alto de Benimaquía (Denia), y a las fases IB3 y IIA de los Saladares de Orihuela, ambos en Alicante. Este período abarcaría hasta finales del primer cuarto del siglo VI a.C., momento éste en que se detecta arqueológicamente un abandono general de los establecimientos coloniales fenicios del sur peninsular (Arteaga, 1976; 1978; Fernández Jurado, 1987), lo que influirá negativamente en los asentamientos indígenas levantinos de la costa peninsular. Es el inicio de la denominada «crisis» del mundo fenicio, cuyas causas se atribuyen a la caída de Tiro en el -575.

Puig de la Nau III (-575-550/500)

A partir del -575-550, el asentamiento sufre una nueva remodelación constructiva, presentando no sólo una nueva estructura urbanística, sino incluso también una cultura material distinta, iniciándose las producciones cerámicas ibéricas propiamente dichas, prueba evidente de la aparición de un nuevo modelo cultural en el marco histórico del yacimiento. Esta alfarería se destaca por su cuidada técnica de fabricación y por su particular decoración de indudable influencia fenicia. No obstante, la cerámica no torneada continua presentando un alto porcentaje y una clara tradición artesanal proveniente del sustrato local.

Aún a pesar de la mencionada «crisis» de los establecimientos fenicios del sur peninsular, nos encontramos con una pervivencia del mercado fenicio-púnico, presente con la misma fuerza, o más si cabe, que en el siglo anterior; por ello continúa la difusión de las ánforas Vuillemot R-1, los pitós y los platos trípodas. Todo ello, deja entrever sin lugar a dudas que la red comercial establecida por los fenicios, aún a pesar de la caída de Tiro, continuó pujante. Por otra parte, aparece en el registro arqueológico, un nuevo y dinámico estímulo comercial, el griego, constituido por la presencia de cerámicas áticas de figuras negras inicialmente, y más tarde por las de barniz negro, así como las primeras producciones de ánforas masaliotas. Sin embargo, la influencia de los productos procedentes del Círculo del Estrecho, continúa acaparando mayoritariamente, durante un cierto tiempo, la principal demanda del mercado local.

La economía del yacimiento, al igual que sucedió en la fase anterior, se basará en la probable comercialización de los excedentes agrícolas, ya que la existencia de ánforas ibéricas, refuerza la posibilidad del intercambio de los productos locales, probablemente de tipo cerealístico.

A lo largo del siglo VI a.C., nos encontramos con la primera evidencia de una práctica funeraria singular en el yacimiento, es el caso del enterramiento ritual infantil de inhumación bajo el pavimento de la vivienda, concretamente en el recinto 28, y sobre el cual, volveremos a comentar más adelante.

El momento final de esta fase, ha de situarse a inicios del siglo V a.C., que al igual que sucede en otras zonas ibéricas, también se constata el abandono de numerosos asentamientos (Burillo, 1986; Ruiz, Molinos, López, Crespo, 1983), detectándose incluso una destrucción sistemática de necrópolis, junto con un súbito proceso iconoclasta de los antiguos monumentos funerarios y religiosos (Almagro, 1983).

Puig de la Nau IV (-500–450)

La primera mitad del siglo V a.C., resulta difícil de identificar en los niveles estratigráficos del asentamiento, quizás debido tal vez, a un abandono momentáneo, o a que dichos niveles fueran destruidos al desarrollarse la fase siguiente. Por esta causa, pocos son los datos que podemos aportar con relación a esta fase. Tal vez esa ausencia de desarrollo estratigráfico hay que conectarla con la crisis acaecida durante el período del ibérico antiguo, la cual se detecta también en otras zonas del área ibérica, y que consistiría al parecer en el estallido de algún tipo de revuelta de carácter social o religioso, y que en la zona de Castellón quedaría constatada quizá por este hiato identificado en el Puig de la Nau; por el abandono de la compleja fortificación del Puig de la Misericordia (Vinaroz); la destrucción del asentamiento de Els Barrancs (Peñíscola); el abandono de los poblados de Mas de Vito (Rosell) y la Tossa Alta (Benicarló), en lo que se refiere a la zona norte; y el abandono de la Torre de Foios (Lucena), la interrupción del yacimiento de los Cabañiles y del santuario necrolátrico infantil de La Escudilla, ambos en Zucaina (Gusi, 1992). La cultura material de este momento, es por otra parte semejante a la fase anterior.

Puig de la Nau V (-450–400)

A mediados del siglo V a.C., el asentamiento sufre una completa remodelación, estructurándose de nuevo no sólo todo el urbanismo, sino también el propio sistema defensivo. Es este el momento de mayor esplendor del poblado, tal y como se ha constatado a través de los restos puestos al descubierto.

Nos encontramos pues, en esta fase, ante una cultura material ibérica plena, perfectamente desarrollada y formada, caracterizada por una cerámica torneada que presenta una decoración de temática geométrica muy compleja y elaborada; no obstante, la cerámica a mano continúa apareciendo en un alto porcentaje. En cuanto al material importado, destaca el fuerte incremento de las producciones áticas, especialmente las vasijas de barniz negro, entre las que sobresale la cílica tipo *stemless inset lip*. Además, se constata la presencia de piezas decoradas con el estilo de las figuras rojas, así como cerámicas grises de occidente, y ánforas masaliotas. Por otra parte, podemos apreciar la presencia de una corriente comercial púnica de gran pujanza de procedencia ebusitana, según nos indican los propios materiales producidos en la isla, la cual a su vez, redistribuiría los productos provenientes de los centros alfareros meridionales de la Península.

Estos productos, representan el mismo porcentaje de volumen exportador que los griegos.

Durante este momento, el asentamiento del Puig de la Nau es una población fuertemente defendida, cuya economía se basa presumiblemente en la explotación agrícola intensiva, especialmente orientada al cultivo de cereales, el cual sería tal vez, el producto principal de exportación comercial, sirviendo los restantes cultivos para el consumo interno de la población, al igual que la explotación ganadera de ovicápridos. Así pues, los intereses comerciales del *oppidum* debieron girar en torno a la venta de los excedentes cerealísticos obtenidos, siendo sus áreas de distribución los ámbitos griego y púnico. Como contrapartida de sus clientes se obtendrían salazones, como al parecer indican las ánforas púnicas Maña-Pascual A-4, así como vino transportado en las PE-14 ebusitanas, y las ánforas masalotas, junto con algunas piezas de vajilla de lujo griegas.

Otros tipos de producción propia, identificados en el poblado, son el metalúrgico y el textil, los cuales no dejarían de ser actividades auxiliares de autoconsumo, realizadas a tiempo parcial y con carácter totalmente doméstico. El escaso número de hallazgos de utensilios de pesca, como pueden ser los anzuelos y los probables contrapesos de artes de pesca, podría indicarnos una actividad pesquera de relativa importancia. Por otro lado, aunque la investigación arqueológica no ha podido aportar muchos datos de la organización social del asentamiento, ya hemos indicado que éste, fue un foco económico polarizador de los poblados más pequeños, situados en su entorno geográfico; por todo ello podemos considerarlo como un asentamiento principal o núcleo primario en donde pudo desarrollarse un estamento social preponderante que ejerciese el poder de mando y control, quizás a manera de asamblea de notables.

En esta fase, es cuando encontramos verdaderos indicios de prácticas rituales, tal y como nos demuestran los enterramientos infantiles de inhumación, hallados bajo los pavimentos de las viviendas y que como ya hemos indicado, se habían iniciado en el siglo VI a.C.; incluso se constata la practica de ritos sacrificiales de ovicápridos. Respecto a estos aspectos, ya nos hemos referido en otras ocasiones (Oliver, Gómez, 1989; Gusi, 1989;1992), subrayando así la problemática que conlleva llegar a conocer su verdadera finalidad ritual. De este modo, podemos indicar, que los enterramientos infantiles en el Puig de la Nau, pueden ser primarios, como vemos en el recinto 28, o secundarios, como el localizado en el recinto 33. Desde un punto de vista genérico, tan sólo podemos apuntar que constituye una tradición necrolátrica bastante extendida en el tiempo y en el espacio, y que arranca por lo menos en la zona geográfica ibérica, de la etapa del bronce final. Los hallazgos de ovicápridos quizás correspondan a una variedad de los sacrificios de carácter fundacional.

Otro problema, con menor connotación religiosa, pero con mayor significado social, nos plantea la presencia de restos humanos hallados en las calles del poblado. La interpretación de la existencia de dichos restos, resulta difícil dado el estado de la cuestión, ya que por una parte, podríamos pensar en una posible exposición pública de los despojos de enemigos, tradición que nos transmiten las fuentes escritas, pero la presencia de una mujer con alteraciones patológicas en la columna vertebral, nos indica que por lo menos en este caso, no fue así. Por ello nos cabe otra posibilidad, que dicha exposición del cadáver fuese una muestra de

ajusticiamiento y escarnio. Esta practica de la exposición publica, no es un hecho aislado en los poblados iberos, ya que por ejemplo sucede algo semejante en el Puig de Sant Andreu (Ullastret) y en el Molí d'Espigol (Tornabous). No obstante, la falta de detallados estudios antropológicos, al contrario que el realizado en el mediodía francés (Dedet, Schwaller, 1990), no nos permite delimitar la importancia y la extensión de esta costumbre en nuestro ámbito.

El Puig de la Nau, durante esta fase, representa un caso singular, ya que presenta una notable monumentabilidad, no solamente urbanística, sino también en su complejidad defensiva, todo lo cual lo convierte en un yacimiento único en las comarcas del Baix Maestrat y del Montsià, puesto que por el momento, no se ha localizado ningún otro asentamiento de la misma importancia. Su construcción fue preestablecida y perfectamente planificada, y su distribución estructural, tal y como la conocemos actualmente, es completamente novedosa en la zona.

Hemos de indicar que a pesar de la escasa extensión a que puede llegar a alcanzar el ámbito poblacional del yacimiento en esta fase, unas 0,60 hectáreas, resulta un verdadero centro urbano para todo el poblamiento ibérico existente en un amplio radio territorial al sur de la desembocadura del Ebro, donde encontramos un patrón de asentamiento caracterizado por un poblamiento disperso, situado en el piedemonte, valles o pequeñas elevaciones alomadas, y que tienen su centro referencial en núcleos fortificados de escasa extensión, situados en los alto de los cerros más destacados, desde donde se controlarían los pasos hacia los diferentes valles y corredores interiores (Gusi, Diaz, Oliver, 1991). El modelo de asentamiento en poblado fortificado, como es el caso aquí presentado, se desarrolla a lo largo del período ibérico pleno, hoy por hoy constatado únicamente en las planas litorales. Así en el llano de Torreblanca-Oropesa, se ubica el asentamiento marítimo de Torre de la Sal (Ribera de Cabanes), con una extensión máxima de 1,20 hectáreas; y en la comarca meridional de la Plana Baixa, se levanta el asentamiento de La Punta (Vall de Uxó), con una extensión aproximada de unas 2 hectáreas.

Esta fase, pues, representa un momento floreciente que apenas duró unos cincuenta años, ya que hacia el -400 el asentamiento es abandonado sin muestras de violencia alguna.

Puig de la Nau VI (-400-375?)

En el cambio de los siglos V al IV a.C., el poblado se abandono de forma pacífica, puesto que en las excavaciones no se han encontrado rastros de destrucción intencionada. Por otra parte, el registro arqueológico, nos ofrece en todos los sectores excavados, un material completamente amortizado.

El desalojo de poblados hacia el -400, se documenta en esta zona, en yacimientos como el Pouaig (Peñíscola), Vilarroig (La Jana), La Picossa y el Mas d'Aragó (Cervera), quedando tan solo en el llano litoral septentrional, el asentamiento de La Moleta del Remei (Alcanar), aunque no llegará a alcanzar la importancia que tuvo el Puig de la Nau. Así pues, nos encontramos ante un importante vacío poblacional en la zona a fines del siglo V a. C. y durante toda la centuria siguiente, cuyas causas ignoramos, y que quizás se debió a un agota-

miento de los recursos económicos, o a una reestructuración política del territorio. Hemos de señalar que el abandono del poblado en esta última fase, se inserta dentro del panorama general de la desaparición súbita de un gran número de núcleos de población en gran parte del País Valenciano (Abad, 1987), como en Cataluña (Barberá, Sanmartí, 1982; Sanmartí, Santacana, 1986-1987; Junyent, 1989), e incluso del sur de Francia (Michelozzi, Py, 1980; Arcelin, Arcelin Gasco, 1982). Curiosamente, por otra parte, durante este periodo del siglo IV a. C., corresponde al momento de apogeo del mundo ibérico y de las mal llamadas colonias griegas del sureste peninsular, así como del poblamiento del noreste de Cataluña, en este caso a la sombra de Ampurias. El sur de la Península también tendrá un momento de auge, tal y como lo indica la presencia de cerámicas de importación ática, localizadas en Andalucía.

Debemos de indicar no obstante, que el yacimiento, en su estratigrafía muestra en algunos sectores, una ocupación residual por encima de los niveles de amortización de los recintos del siglo V a.C., concretamente en los recintos 22 y 24. Dicha ocupación constituiría la última fase ocupacional de este asentamiento, que sobrevivió durante un corto espacio de tiempo, aunque quizás por otro lado, esta pobre presencia se deba a que el abandono se realizó de forma paulatina, deshabitándose el poblado por zonas, así, mientras unas viviendas se hallaban completamente convertidas en ruinas, en otras, persistía todavía una pequeña población, que en algún momento determinado, incluso construyó por encima de los antiguos recintos; lo cierto es que a partir de los inicios del siglo IV a.C., el yacimiento se abandona por completo y para siempre, y tan sólo durante el bajo imperio volverá a existir un pequeño hábitat en su ladera sur, que quizá correspondió a una modesta finca agrícola hispanorromana.

CONCLUSIONES

La importancia del Puig de la Nau, como yacimiento arqueológico, ha quedado de sobras probada a través de casi veinte años de excavaciones. El asentamiento ha ofrecido una secuencia estratigráfica de gran interés para el conocimiento del origen del mundo ibérico en la zona norte del País Valenciano, especialmente si tenemos en cuenta el estado de la cuestión en que se encontraba la investigación, cuando los trabajos de campo empezaban a ofrecer los primeros resultados. Así, nos mostraba unos niveles ocupacionales preibéricos que indicaban un asentamiento de gentes con fuerte influencia de los campos de urnas, influencia esta de la que siempre se había hablado para la comarca del Baix Maestrat, aunque su evidencia se apoyaba tan solo en elementos aislados y fuera de contexto, como es el caso de la urna de Els Espleters o Els Peters (Salsadella); por el contrario, en las excavaciones del Puig de la Nau, nos encontramos con niveles de ocupación estables y con las primeras muestras constructivas datables, sin lugar a dudas en el siglo VII a.C.

Otra información de sumo interés que nos ha ofrecido el yacimiento, fue la evidencia inequívoca de la existencia de un comercio regular entre el mundo

indígena del horizonte ibérico antiguo y las factorías fenicias del ámbito occidental mediterráneo, Ibiza y el sur peninsular, lo que en su momento daba nuevas perspectivas a la visión del origen de la cultura ibérica. Dentro de estas importaciones coloniales, aunque en menor medida, ha sido de gran importancia la identificación de las producciones griegas del siglo VI a.C.

Otro dato importante que nos ha ofrecido su estudio, ha sido constatar la relativa abundancia de cerámica ática del siglo V, perfectamente estratificada, que nos ha permitido datar por primera vez en 1976, un asentamiento ibérico completamente formado y estructurado, lo que confirmaba sin ningún género de dudas una cronología anterior al siglo IV para el periodo ibérico pleno, en contra de la visión tradicional, y que venía a confirmar la validez de la estratigrafía de Los Saladares para la costa levantina peninsular.

La presencia de cerámica púnica del mediodía de la Península, así como la procedente de *Ebussus*, datable en el siglo V a.C., sigue siendo hoy en día un dato de gran interés dentro de la secuencia cronoestratigráfica de los poblados ibéricos.

La disposición urbanística, así como la estructuración arquitectural, han sido los aspectos más singulares que han ofrecido el yacimiento, puesto que muestran un conjunto y trazado urbano que se sale fuera de toda tradición conocida dentro del mundo ibérico levantino. También el excelente estado de conservación de los muros de las viviendas, fabricadas completamente de mampostería y conservadas hasta una altura de dos metros, ha convertido este yacimiento en un *unicum* dentro de los asentamientos conocidos en la zona norte de Castellón y extremo meridional de Tarragona.

Aunque a lo largo de todas las campañas de excavación, se han solventado gran número de problemas planteados por el propio yacimiento, todavía quedan muchas cuestiones por resolver; así por ejemplo, será de sumo interés en un futuro, conocer lo más ampliamente posible, la compleja disposición urbana, especialmente el área interior existente entre los recintos y la muralla; así como el motivo real del abandono definitivo del yacimiento que queda aún problemático, aunque a este último interrogante se deberá responder, no sólo mediante el registro arqueológico del propio asentamiento, sino también ineludiblemente con los datos que se vayan obteniendo del estudio del mundo ibérico en general. Llegar a conocer las causas de la construcción *ex novo* de este asentamiento, a mediados del siglo V a.C., y las características tan peculiares que presenta, son otras tantas cuestiones a resolver, junto con la problemática específica que plantean las fases I y IV, ya que es necesario localizar en el yacimiento, otras áreas que permitan excavar cómodamente los niveles correspondientes a ambas fases.

La localización de nuevas unidades constructivas, como pueden ser edificios públicos o espacios urbanos abiertos, queda también pendiente de mayor conocimiento.

Por último, la realización de una amplia prospección con una metodología apropiada, en el área de la necrópolis, podría dilucidar nuevos datos de gran interés para el conocimiento de las necrópolis ibéricas, que en la zona ilercavona, presenta sus propias peculiaridades con respecto a otras áreas, como la extrema sencillez del propio enterramiento, la pobreza de los ajuares, su relación con los hábitats, o incluso la propia problemática cronológica, ya que tan solo se conocen necrópolis fechables entre los siglos VI y V a.C., sin que se tenga constancia, por

otro lado, de enterramientos de épocas ibéricas posteriores, lo cual plantea también diversos interrogantes relacionados con la estructuración territorial y la demografía poblacional de los grupos sociales locales.

Para acabar, queremos resaltar que los restos materiales encontrados en las diferentes viviendas del poblado, así como los ajuares funerarios, nos indican una sociedad económicamente pobre y sin grandes diferencias en la jerarquización social, lo que nos sugiere una población que basa principalmente su economía en un sistema de explotación y producción agropecuaria simple y sin grandes excedentes que ofrecer.

Frente a esta premisa de «pobreza» social, existe la aparente contradicción del gran despliegue constructivo, especialmente defensivo, sin olvidar indudablemente el conjunto urbanístico, el cual se contrapone a la supuesta ausencia de riqueza material de los habitantes. No obstante ello, vendría, quizá a demostrar, que existió una economía de tipo comunal en la cual privaría el interés colectivo, lo que podría inferir una concepción de administración coparticipativa inherente a una estructura de concentración de poder político, tipo jefatura colectiva, ejercida por un consejo o asamblea de iguales.

